La segunda vez que enterramos a Simón

E. Iriarte

No recuerdo la primera vez que enterramos a mi padre. Aunque imagino que asistí, no tengo ninguna imagen consciente de ello. Del funeral sí, pero no del entierro. Más tarde —muchos años después— visitaría la tumba en el cementerio de Pamplona, un lugar verde, fresco, plenamente vivo, donde los muertos parecían descansar en paz, y sin embargo, tuve la sensación de que los huesos de mi padre añoraban otras aguas, las del río de su infancia. En cualquier caso, lo que sí sé a ciencia cierta es que de aquel primer entierro se habían cumplido veinte años: el plazo de «alquiler» de la parcelita donde estaba la tumba.

Cuando la viuda de Simón me dijo que tenía intención de llevar los restos de su marido al pueblo que lo vio nacer para dejarlos allí, imaginé de inmediato esa escena mil veces vista en la que la familia se pone a sotavento en algún lugar con especial significado y esparce las cenizas con una actitud a medio camino entre el recato solemne y el embarazo. Preví una excursión agradable al pueblecillo escenario de tantos juegos y aburrimientos durante los veranos de la niñez; poco más.

Para lo que no estaba preparado era para que el mayor de los hijos de Simón, se presentara con una camioneta prestada y evidentemente cargada. Por un instante temí haber entendido mal los comentarios familiares y barajé la posibilidad absurda de que allí estuvieran los restos de mi padre tal como habían sido exhumados. Por fortuna, la carga no era más que polvo en una urna, y también la estela, la lápida que había velado su tumba durante cuatro lustros, la piedra de doscientos kilos —¿de verdad podía pesar tanto?— que lastraba los amortiguadores del vehículo viejo.

Mientras mirábamos la losa, desbastada e inscrita, tumbada en el lecho de la camioneta, todos reímos al recordar cómo el día anterior un cantero, al verla desatendida en el cementerio, se la había llevado por si había suerte y nadie la reclamaba, y luego, como buen rapiñador, había

echado la culpa de la sustracción a unos gitanos que merodeaban convenientemente por allí...

Hubiera cabido comentar algo sobre el respeto a los muertos, pero la anécdota tenía su gracia, y no hubo ninguna necesidad.

Primero celebramos el cumpleaños de la madre, como todos los años, en lo más alto de la primavera. Comimos en el restaurante, los pequeños coparon buena parte de la atención con sus negativas a probar ciertos alimentos y un intento de siesta encima de un par de sillas que sólo cuajó en el caso del nieto menor. Luego —después de dejar a la tía J. en casa, donde prefiere permanecer, convencida de que no puede abandonar los lugares conocidos— nos pusimos camino de Murillo en un breve cortejo de una camioneta y dos coches que nada tenía de fúnebre.

El viaje que de pequeño se me hacía eterno nos llevó poco más de media hora, pero igual que en la niñez, mi cuerpo ya presentía el agua del río y preveía la euforia despreocupada de los juegos y los chapuzones.

Nada más llegar, antes siquiera de ir al cementerio, tuvimos que parar en una de las casas del pueblo para que nos prestaran un azadón y un pico, indicio más que claro de que no íbamos preparados para la tarea, de que todo se había planeado alegremente, de que la ceremonia era una suerte de ensayo general definitivo.

El aldeano —con móvil al cinto, ascensor en su casita de dos plantas y otro piso en la capital— que nos facilitó las herramientas miró en mi dirección y dijo: «Que las lleve el mozo joven». Cuando ya tendía yo las manos caí en la cuenta de que se refería al primer nieto de Simón, que estaba justo detrás de mí y que, en efecto, respondía a la descripción mucho mejor que yo.

Tras decidir que los nietos menores, a sus cuatro años, estarían mucho mejor chapoteando ya en el río, las nueras de Simón, las que menos conocían aquellos paisajes, se los llevaron por un camino que

hubiera podido recordar con los ojos cerrados, si bien con otras distancias, otras dimensiones, porque ya no era yo el mismo que lo recorriera en otros tiempos; ni por asomo.

Los demás, otra vez en los vehículos, tardamos unos treinta segundos en llegar a los pies del montículo, a la salida del pueblo, coronado por el cementerio. Nada más bajar de la camioneta hice ademán de remangarme sin recordar que iba en manga corta, pero es ése el gesto tácito de quien se dispone a realizar algún trabajo físico.

Se adelantaron la hija y la viuda con unas breves flores y una cámara de fotos, y los cinco restantes nos ocupamos en descargar de la camioneta la lápida, cuyo pie, casi más pesado que el resto, estaba unido a la estela por una gruesa vara de metal que permitía el giro, dificultando así el manejo. El hijo mediano y el único yerno delante; el primer nieto un poco más atrás; con el hijo mayor en último lugar, estaba claro que mi colaboración sobraba. Aun así, eché mano a un costado de la piedra, aunque sólo fuera para notar su peso.

Cuando ya habíamos recorrido la mitad del camino de subida —un sendero desleído hasta casi quedar borrado por las lluvias y, sobre todo, por la falta de entierros y la escasez de visitas—, me pareció notar una ausencia, y comenté que faltaba el protagonista.

—¿No lo ha cogido nadie? —preguntó alguno.

—¿La urna?

—Joder, estaría bueno que se nos hubiera olvidado.

—Voy a asegurarme —dije.

Desanduve el senderillo árido e irregular de regreso a la camioneta, donde no encontré la urna —que, sin apercibirnos los demás, se había llevado la madre en brazos con su carga de cenizas—, pero sí unas flores con las que me volví para dar alcance al grupo y recorrer los últimos metros cogido a la lápida, con el ramo encima de ésta como una suerte de ofrenda.

La hija y la viuda ya habían supervisado el recinto pequeño y desastrado del camposanto y decidido —gracias a las indicaciones del aldeano— dónde podíamos plantar la estela.

Aunque el trabajo estaba delimitado, no pudimos por menos de echar un vistazo al microcosmos que era el cementerio, una amalgama de montículos de mayor o menor antigüedad sin apenas lápidas. «Aquí ya saben dónde tienen a sus muertos. ¿Para qué les hace falta lápidas?», comentó alguien, probablemente la viuda, a juzgar por el desapego de la máxima. Era bien cierto: apenas había cuatro o cinco lápidas. Un par con nuestro mismo apellido inscrito en ellas. Otra, la más estremecedora, la de una cría de cuatro años que me llevó a establecer el obvio paralelismo con mi hija de la misma edad, ahora feliz en el río; viva. «La atropelló el primo Ángel al dar marcha atrás con el tractor. ¿No te acuerdas?», me comentaron. ¿Cómo me iba a acordar, pensé yo, si nadie me lo contó nunca, como tantas otras cosas que no se cuentan al benjamín para protegerlo?

Me quedé mirando la lápida de aquella niña, el único momento triste en todo aquel día.

—Eduardo, estás pisando al primo Ángel —comentó el segundo hijo de Simón; mordaz, preciso, como siempre. Y estaba en lo cierto, de modo que me aparté un par de pasos en lateral y luego me volví para mirar la estela de mi padre, apoyada en el murete de piedras del cementerio, y a todos los demás, que también la miraban, pensando en el mejor modo de abordar el trabajo.

Nada más empezar, el yerno de Simón decidió demostrar sus dotes para la organización y sus conocimientos en asuntos del campo. Se encaramó al muro, lo saltó y, antes de que supiéramos lo que hacía, empezó a traer piedras de un tamaño y un peso que yo no hubiera sido capaz de levantar. El primogénito, por su parte, se ocupó con el azadón

y fue retirando hierbajos para luego descargar unos cuantos golpes y sacar otros tantos terrones resecos.

Todos asistimos a la tarea formando un semicírculo en un remedo de ceremonia religiosa, pero todos queríamos participar, de modo que la azada fue cambiando de manos. Pasó primero a las del nieto mayor de Simón, que siguió las instrucciones de su padre, y luego al segundo hijo de Simón. Cuando el agujero ya estaba bien abierto, más por notar el peso de la herramienta entre los dedos que por lo que pudiera aportar, cogí el azadón y lo estrellé contra la tierra rota. «Joder», pensé con el primer golpe, al notar que no tenía los músculos acostumbrados a movimientos así; «joder», pensé con el segundo golpe, presintiendo que me iba a cansar antes de llegar a la docena; «joder», pensé con el tercer golpe, y me acordé de todos los labradores que alguna vez desgajaron esas mismas tierras con azadonazos mucho más diestros.

En cuestión de unos minutos, no hacía falta seguir ahondando, sino empezar ya a rellenar el hueco. Entre unos y otros aproximamos la estela de costado y la dejamos caer con la espalda vuelta hacia la pared, la parte delantera mirando la casa donde naciera el muerto, a escasos quinientos metros de allí. Y una vez introducida la losa, ya sólo quedaba depositar a Simón.

No habíamos pensado cómo hacerlo, y tuvimos que decidirlo sobre la marcha.

—¿Vaciamos ahí la urna?

—No, con urna y todo

—¿No deberíamos esparcir las cenizas?

—¿Para qué? Así está bien. —La hija parecía la más reacia a que las cenizas se mezclaran con la mala tierra.

Nadie tenía mayor interés en un sentido u otro, de manera que, al cabo, apoyamos la urna a los pies de la lápida y procedimos a consolidar la tumba en la medida de lo posible. Como no llevábamos argamasa de

ninguna clase, la única opción era elaborar un entramado de piedras y tierra que sostuviese la lápida erguida, y en cuanto alguien dejó caer el primer cascote, todos empezamos a dar nuestra opinión sobre el mejor modo de encajar el segundo.

El yerno apareció entonces con un pedrusco que todos juzgamos desmesurado, pero que encajó como si estuviera tallado para ello. Satisfecho con el resultado, y a pesar de las advertencias de la hija de Simón, volvió a saltar el murete para coger otra piedra que a todos volvió a parecernos demasiado grande, y que de nuevo quedó empotrada entre las demás y la tierra reseca. Esta vez, no obstante, se hizo una pequeña herida en el dedo que no enseñó a nadie.

En pleno ajetreo, la viuda, más que afectada o triste, parecía preocupada por que todo saliera bien. La hija, por su parte, se ocupaba como siempre de contemporizar y asegurarse de que siguiéramos la opción más razonable.

Con la fosa ya casi colmada, de cara a nivelar la lápida tuvimos que buscar piedras más pequeñas, más planas.

—Hay que meter una ahí abajo —sugerí, y ante la indiferencia general, insistí—. Hay que meter una por ese lado.

—Pues métela tú, coño.

Era evidente, pero tan acostumbrado estoy enfrascarme en la observación que a veces me cuesta darme cuenta de que puedo tocar las cosas, y cambiarlas.

Me puse de rodillas y metí el brazo hasta el hombro para deslizar debajo de la losa una lasca que encajó y dejó la estela nivelada con el horizonte.

Procedimos entonces a rellenar los huequecillos con tierra fina que la lluvia convertiría en un lodo que uniría las piedras, o al menos eso esperábamos. Luego, unos cuantos pisotones para rematar la tarea, y listos.

Hubo entonces unos instantes de silencio impensado. No es que nadie creyera que había que decir unas palabras, ni nada por el estilo, pero se echaba en falta un gesto de clausura.

Ese gesto llegó cuando, uno por uno, sin seguir un orden concreto, probablemente sin darnos cuenta, procedimos a tocar la estela, diciéndonos que era para comprobar su estabilidad. Se tambaleaba un poquito, pero aguantaría, y si no, volveríamos a repetir toda la operación, porque aquello no tenía nada de definitivo, ni falta que hacía.

Tras comprobar que la mirada de la lápida se reciprocaba con la de las ventanas de la casa donde probablemente más a gusto se sintió Simón en su vida, con las manos manchadas de tierra y un tanto arañadas por la madera y las piedras que no estábamos acostumbrados a manejar, nos fuimos hacia el río por fin, donde recogimos a los nietos pequeños y a las nueras, y luego emprendimos el camino hacia la presa.

Puesto que el día y la temperatura eran propicios, los menores no tardaron en desnudarse de nuevo para disfrutar del agua. Los mayores, como mucho, nos remangamos las perneras de los pantalones para meter los pies en la corriente fresca. Fue entonces cuando vi sentado en la orilla al hijo mayor de Simón, mirando a su hijo zambullirse, contento, pero más bien serio, si acaso con la media sonrisa satisfecha que tantas veces vi en su padre, ésa de quien ya lo sabe todo porque, al fin y al cabo, no hay más allá de cuatro cosas que saber.

Supongo que, en esos momentos de reposo, cada uno nos perdimos por los vericuetos de nuestros propios recuerdos de aquella presa, tan inmensa en otros tiempos, reducida ahora a un remanso encaramado a otro remanso más umbrío. Lo innegable es que en ese mismo río —porque era el mismo— donde tantas veces se había bañado Simón, y yo después de él, la piel alegre de sus nietos en el agua nos hizo ver a todos que aquel entierro, como el primero veinte años antes, el que no recuerdo, era mero trámite, y no conclusión.